
¿Elites postneoliberales en la globalización?

Casos sudamericanos

Alejandro Pelfini
Albert Ludwigs Universität Freiburg /
FLACSO, Argentina

RESUMEN

En contraste con la tendencia predominante en los estudios sobre la globalización a privilegiar en forma entusiasta los análisis de una globalización “desde abajo”, el objetivo de este artículo es mostrar como, incluso desde sectores dirigentes, puede conducirse una articulación activa y hasta provechosa en la globalización en el marco de los llamados *emerging powers*. Se plantea la hipótesis de que en la base de este creciente protagonismo de algunos países sudamericanos está el surgimiento de nuevas élites, o al menos, cierta transformación de las existentes, que comparten un modo de construcción de poder, de acumulación económica y de construcción de legitimidad categorizable como “postneoliberal”.

Palabras clave: Elites – postneoliberalismo – globalización – populismo – Sudamérica

ABSTRACT

In contrast with the mainstream in globalization studies that insists on the analysis of a globalization “from below” the aim of this article is to show, how an active articulation in the globalization can be held even by the leading sectors of the society in the so called “emerging po-

wers". It is argued that at the fundamentals of this growing leader role of several South American countries, the rising of new elites can be identified, or, at least, the transformation of the existing ones, which are sharing a modus of construction of power, of economic accumulation and legitimacy described as "postneoliberal".

Keywords: Elites – postneoliberalism – globalization – populism – South America

La pregunta por la escasez de élites modernas, nacionales, consensuales constituye uno de los temas clásicos de las ciencias sociales latinoamericanas. Sin embargo, en los actuales estudios sobre globalización, sobre su impacto en la región y las reacciones a la misma la pregunta por el rol de las élites recibe escasa atención más allá de la apresurada imagen de unos sectores sociales indefectiblemente pasivos y subordinados al capital global y al unilateralismo internacional. Predominan, en cambio, estudios sobre la creciente imbricación transnacional de movimientos sociales o sobre foros alternativos en un registro entusiasta que promueve una globalización "desde abajo". No se pretende aquí marcar una tendencia de globalización "desde arriba" indefectiblemente ligada a procesos hegemónicos originados en los países centrales sino que el objetivo es mostrar como, incluso desde sectores dirigentes, puede conducirse una articulación activa y hasta provechosa en la globalización, aún a contramano de las tendencias dominantes en el orden mundial. En este sentido, varios países latinoamericanos pueden considerarse en este momento parte más o menos significativa de los "emerging powers" o "emerging societies" que desde China, India, Sudáfrica están desafiando el orden de la OECD de una forma original.¹ En primer orden, Brasil, pero también Argentina, Chile y por qué no Venezuela compiten por ser poderes de rango medio en la región y en la "semiperiferia" en general. En este artículo se plantea la hipótesis de que en la base de este creciente protagonismo está el surgimiento de nuevas élites, o al menos, cierta transformación de las existentes que comparten un modo de construcción de poder, de acumulación económica y de construcción de legitimidad categorizable como "postneoliberal".

La idea de que las élites se encuentran en permanente circulación es un axioma de la teoría clásica de las élites en Pareto y Mosca. En contraste con perspectivas marxistas que destacan la estabilidad de la „clase dominante“, aquí lo que se resalta es la idea de la interacción entre élites y no-élites (a las que necesitan para aprobar su accionar y que, a su vez, marcan los límites del mismo) o bien entre sectores dentro de las mismas élites.² En tiempos de globalización esta circulación parece ser más rápida, aunque los patrones de ese cambio son extremadamente opacos. En sociedades complejas el poder de las élites no se hace visible simplemente como dominación y estamento sino más bien como comunicación y organización.³ Con el aumento de la interdependencia y la transnacionalización las élites agrario-paternalistas y las industriales-desarrollistas clásicas están en declive. El neoliberalismo fue ciertamente su golpe de gracia, pero su crisis también fue la de la clase financiero-managerial llamada a sucederlas. La actual fase de globalización no reproduce el carácter hegemónico y homogéneo de la ola expansiva de los años Noventa (descrita sin más como americanización o macdonalización). En cambio, ésta es mucho más compleja y multidimensional abriendo más espacios de autonomía y caminos alternativos para la acumulación de poder. Frente a la apresurada tesis del fin del Estado-nación, se percibe que este puede haberse vuelto más débil y permeable, pero en ningún caso puede decirse que esté en desaparición.⁴ Los “emerging powers” son mucho más que simplemente mercados emergentes. En los mismos, el Estado quizás no sea un agente económico de peso, pero así al menos pretende contrabalancear al mercado. En algunos de estos países con sociedades civiles consolidadas y activas las mismas muestran una vitalidad y sirven de contralor a la dinámica de las otras instancias que merecen más bien la categoría de “emerging societies”. La semiperiferia se vuelve entonces un área sensible e innovadora ofreciendo a la vez un nuevo espacio de interacción entre los estados-nacionales, el mercado y la sociedad civil: ni la globalidad abstracta ni el encierro autárquico, sino la región y los procesos de integración regional. Allí aparecen nuevas constelaciones de poder que intentan articular el desarrollo económico con la provisión y conservación de bienes públicos compartiendo la pragmática meta de fundar, de una vez

por todas, países “normales”; lo que no es otra cosa, que países democráticos y capitalistas corrigiendo los insatisfactorios procesos de “nation-building” luego de la independencia.

Para poder dar cuenta entonces de una transformación de las élites en ciertos poderes emergentes en Sudamérica debemos considerar, en primer lugar, cómo estos sectores sociales se confrontan con la ampliación de su campo de acción desde la nación a la región; y, en segundo lugar y teniendo en cuenta el grado de extranjerización de la economía y de los flujos financieros, debemos abordar la pregunta de si son sólo las élites de los países desarrollados las que están en condiciones de llevar a cabo sostenidamente actividades transnacionales en la región. Otra cuestión a dilucidar es la variable continuidad/ruptura; es decir, hasta qué punto la transformación de la élites representa realmente un nuevo tipo de formación y reclutamiento de élites o es, de hecho, nada más que una nueva faceta adoptada por las élites tradicionales renovando su maquillaje –más cosmopolita, más activo y más liberal– democrático.

1. LA EMERGENCIA DE ÉLITES LIBERAL-CONSENSUALES EN SUDAMÉRICA EN LA CONSTELACIÓN DEL POSTNEOLIBERALISMO

Sudamérica no es la más importante de estas regiones llamadas semiperiféricas, aunque se encuentra en medio de una curiosa fase descrita como postneoliberal⁵ y su experiencia con el neoliberalismo tuvo (y continúa teniendo) una suerte de función de advertencia para otras regiones; justamente por ser una región donde en varios países se aplicaron con escasa misericordia programas de ajuste estructural cuyos límites se hicieron patentes muy pronto. La condición actual es comparable con la constelación posterior a la crisis mundial de 1929:⁶ se registran impulsos a la (re)industrialización, un rol más activo del Estado en la economía, en las relaciones laborales y en el enfrentamiento de la desigualdad y, por último, la revalorización de las llamadas burguesías nacionales, quienes ahora deben actuar regional y globalmente. Las tendencias en esta situación son realmente abiertas e imprevisibles, so-

bre todo porque las naciones y sus élites continúan debatiéndose en elección de una imagen societal más o menos sistemática: una más igualitaria, aunque más riesgosa en tiempos de globalización, signada por el fomento de la movilidad social ascendente y el rol de las clases medias u otra, quizás más ventajosa para una inserción eficaz y rápida en la globalización, teñida de segregación y con una desigualdad naturalizada. Allí y una vez más en la historia cultural latinoamericana, el americanismo, el europeísmo, el tradicionalismo o el nacionalismo compiten por la definición de valores y criterios de legitimación. En contraste con los tiempos del neoliberalismo, donde se los programas políticos se implementaban cual recetas en forma tecnocrática y autoritaria, hoy en día no se cuenta con ninguna línea directriz más allá del pragmatismo. En este marco, se borrarían las distinciones tradicionales entre izquierda y derecha, reaparece el populismo y se redefinen los patrones de interacción entre élites y no élites.

Del mismo modo que en otros “emerging powers” (de los “tigres” del Sudeste Asiático de hace diez años a China e India actualmente) en Sudamérica puede observarse un declive en la centralidad de las élites tradicionales, tanto de las agrario-paternalistas como de las industriales-desarrollistas clásicas. Los Noventa fueron ambivalentes para estas élites: si bien varios sectores se aprovecharon de la liberalización de los mercados y de la desregulación en general, la base de su poder y las conexiones de estos sectores con el Estado se vieron marcadamente debilitadas.⁷ En primer lugar, con el fin del proteccionismo, el Estado-nación y el consiguiente mercado interno ya no son más considerados como la única y cerrada área de actuación; la representación corporativa de intereses va siendo reemplazada por una competencia más pluralista (ejemplo paradigmático, Brasil); y, por último, la privatización sirve como sentencia de muerte a los débiles Estados del bienestar regionales y a las ya convalecientes burguesías nacionales abriendo el camino en forma indiscriminada a la instalación de empresas transnacionales (ejemplo paradigmático, Argentina).

2. CORRIENTES ACTUALES DE GLOBALIZACIÓN EN SUDAMÉRICA

Luego de la crisis del neoliberalismo y luego de una conexión a la globalización que en general puede categorizarse de pasiva⁸ algunos países sudamericanos están comenzando a jugar un rol más activo en la conformación de la globalización y en la construcción de un perfil propio para insertarse en la misma. Sin duda que este creciente protagonismo de Sudamérica es más político y cultural que económico, al menos en comparación con otros mercados emergentes. Si bien la región está siendo beneficiada por un auge de la demanda de commodities pudiendo mantener vigente y hasta recrear el modelo de acumulación primario-exportador, es evidente que al estar basado en recursos en algún caso no renovables, el mismo no resulta sustentable. Además, la porción de la región en la creación de valor y en el comercio mundiales es incluso menor a la que tenía antes de la crisis de 1973.⁹ En este sentido varios países sudamericanos son menos “emerging markets” que “emerging powers”, en el sentido de una creciente participación en la política mundial (una suerte de “subjetivación” o empoderamiento en la política internacional) y en la conformación de acuerdos intrarregionales en una dirección que frecuentemente no cuenta con el beneplácito de de los Estados Unidos, cosa bastante inédita por cierto. Esto puede ser observado en los siguientes procesos que son, además, un eje central de conflictividad para la formación de élites en Sudamérica así como un campo de acción privilegiado para las élites postneoliberales:

Debilitamiento de los organismos internacionales de posguerra: este uno de los productos de la exitosa renegociación de la deuda externa así como de la oposición a aceptar las imposiciones de desregulación comercial en las negociaciones de la OMC y su rondas complementarias. Tanto Argentina como Brasil han contribuido con sus acciones y su experiencia con varias crisis a la pérdida de importancia de las organizaciones de Bretton Woods (sobre todo del FMI). Particularmente Brasil ha logrado un consenso interno en su política exterior para matizar su tradicional proamericanismo delineando más sistemáticamente su ambicionado rol de potencia de escala continental y de un poder global “soft”,¹⁰ particularmente en la conformación del G-20 que lo vinculan

con otros países emergentes en otros continentes reafirmando la interdependencia “sur-sur”. En la renegociación de la deuda externa, Argentina ha contribuido decisivamente a la deslegitimación del FMI y del Banco Mundial: bajo la consigna „mientras no estén dispuestos a la autocrítica, los que con sus recetas e índices de calificación contribuyeron a causar la debacle financiera del 2001 en la Argentina (y en otros territorios en condiciones similares) no pueden ser los que aparezcan nuevamente como salvadores de países en crisis”. De este modo se reacciona a la pretensión de detentar un monopolio de racionalidad de determinados actores, discursos y paradigmas así como –en la tradición de la ética del discurso– se aboga por la creciente participación de los países en desarrollo en decisiones que los afectan particularmente. La reforma de la ONU y de su Consejo de Seguridad representa otro campo de subjetivación política, en el cual el voto de Chile contra el inicio unilateral de hostilidades en Irak marca un precedente significativo – a pesar de que paralelamente se estaban llevando a cabo las negociaciones para establecer un tratado de libre comercio con los EE. UU. Resumiendo, puede destacarse que varios países sudamericanos están abandonando su pasivo rol de “rule takers” y asumiendo crecientemente funciones de “rule makers”.

Procesos de integración regional: a pesar de que, de hecho, se trata más de acuerdos de cooperación comercial que de reales y profundos procesos de integración, los mismos se han intensificado y hasta multiplicado. A pesar de la inestabilidad estructural y del decisionismo que afectan a sendos procesos más consolidados, el MERCOSUR y la Comunidad Andina han ganado una nueva vitalidad bajo los recientes gobiernos de centro-izquierda y han sobrevivido a los embates norteamericanos por promover el ALCA. Signos de esta revitalización de los procesos de integración, básicamente del MERCOSUR y su ampliación, pero también de la reciente iniciativa de UNASUR, son el aumento de los intercambios comerciales entre los socios, la coordinación de políticas y la actuación conjunta ante crisis, el intento de implementar mecanismos compensatorios para países y sectores económicos desfavorecidos así como el aún tímido proyecto de extender la representación política a instituciones legislativas supranacionales.

Política Energética: representa un campo concreto de cooperación e interdependencia entre países, empresas y consumidores, aunque también y justamente por ello, un campo de conflictos presentes y potenciales. Ciertamente que con menos impulsos que hace un par de años con la iniciativa del Gasoducto del Sur, actualmente los proyectos más vastos de inversión en Sudamérica tienen que ver con la exploración, la extracción y la distribución de gas y petróleo tanto en el ámbito nacional como en el regional. Y aquí no son principalmente –y como enseña la historia– las empresas europeas o norteamericanas las que llevan la delantera sino firmas provenientes de países del subcontinente. Son los mismos gobiernos y empresas estatales los actores principales que mantienen el control de estos proyectos de cooperación de vasto alcance. En forma similar a la Comunidad Económica del Carbón y el Acero (1951) en la prehistoria de la Unión Europea, esta integración puede ser vista no sólo como una base para un crecimiento económico sustentable, sino la de una fuerte alianza política que sirva de cimientos a una integración más estable y previsible. En caso de no poder llegar a acuerdos de este tipo a nivel supranacional, la competencia por los recursos cada vez más escasos seguirá el camino de la autonomía y la segregación regional fuera de todo federalismo y del objetivo de compensar desigualdades, como ya ocurre en Bolivia. Además, el agotamiento de las fuentes sólidas de energía en un mediano plazo puede encender el chovinismo y los conflictos internos con poblaciones nativas, como también traer graves problemas ambientales, fracasando de este modo en utilizar los valiosos recursos naturales de la región en una forma sustentable e innovadora: un medioambiente limpio con las mayores reservas de agua y bosques es sin duda una ventaja para la región, representando no sólo una base para el desarrollo sustentable, sino asignando a Sudamérica un rol central en la provisión y conservación de bienes públicos globales en el futuro.

3. ELITES Y GLOBALIZACIÓN

Protagonistas de esta ola de globalización activa no son ya las élites establecidas que se encuentran más bien a la defensiva y se han visto

debilitadas con la crisis del neoliberalismo. Ciertamente que su actividad sigue siendo relevante y puede ser políticamente desestabilizante como enseña el caso boliviano. Sin embargo, se trata finalmente de reacciones; es decir que la iniciativa política, económica y cultural recae en élites emergentes que compiten por lo que podríamos llamar “capital global”, por controlar los nodos de interacción entre en nivel local y el global y por la utilización de las competencias comunicación y organización. En contraste con las oligarquías y con élites basadas en el patronazgo, las élites liberal-consensuales¹¹ están conectadas con las clases medias o al menos son permeables a las mismas y a las no-élites. En América Latina donde esta tradición está poco afianzada en la cultura política salvo las excepciones de Costa Rica, Chile y Uruguay, la permeabilidad con respecto a estos sectores no está marcada por el liberalismo sino por una tónica populista, que vale más bien como manera, como retórica, en proyectos que más que revolucionarios o radicales (como quiere creer una izquierda nacionalista demasiado entusiasta) intentan plantearse las viejas preguntas del desarrollo y la modernización en un escenario de globalización. Esto es, con un Estado-nación convaleciente, con sus fronteras más permeables y difusas, pero persistente. Podrán expresar una retórica plebeya, algunos casi jacobina, aunque las minorías activas que conducen algunos de estos países se entienden a sí mismas como vanguardias que inauguran una época nueva, que dan forma a la realidad y que intentan refundar la nación (sobre todo en la más bien revolucionaria Venezuela, algo menos en Ecuador o en el proyecto de refundación multicultural de Bolivia).¹²

Si bien en este marco no podemos presentar más que una mirada general, las diferencias nacionales son evidentes y aluden a historias particulares y a modos específicos de estructuración de las élites. Esto hace que cada país desarrolle una forma específica de articularse a la globalización y procesos originales de cambio de élites. En algunos casos se trata de una reconversión de los mismos sectores dominantes, en otros de una ampliación y concurrencia entre sectores pluralizando la estructura en la cúspide y en algunos menos, la sustitución de élites tradicionales por sectores en ascenso con posiciones radicales. En un abanico que va de Venezuela (con un caso extremo de reemplazo de élites bajo

un populismo enardecido) a Chile (con una estabilidad institucional y programática llamativa, pero encorsetada en una continuidad poco distorsionada con la dictadura) pasando por Bolivia, Ecuador, Argentina y Brasil, pueden destacarse una serie de características que más allá de estas diferencias comparten estas élites emergentes y su inserción en una etapa novedosa de la globalización:

En el plano político, si atendemos a las actitudes de las élites y sus conexiones con las instituciones políticas se destaca una decidida afirmación del orden político democrático, de un régimen pluralista de representación de intereses y de las reglas de juego republicanas. Desde ya que esta afirmación no está libre de controversias y en países donde el espacio público está más polarizado y crispado las excepciones se vuelven corrientes. Además, se registra una discusión práctica en torno al sentido de la democracia y al alcance de la misma: por ejemplo, en Venezuela en torno a la idea de democracia participativa, o en general, una tendencia a incorporación la dimensión socio-económica de la democracia y de los derechos comunitarios ampliando la definición formal de democracia política como sucesión en el gobierno, elecciones libres y competencia entre partidos.¹³

En la economía, el neoliberalismo ortodoxo ha perdido todo su encanto incluso para los protagonistas de la década del '90. El mismo se ve crecientemente reemplazado por el renacimiento del keynesianismo y por políticas orientadas a la demanda. Con la reciente crisis financiera internacional incluso se ha instalado el lema de que hoy un día "lo ortodoxo es ser heterodoxo". Justamente son los países que más se alejaron del neoliberalismo los que curiosamente registran las más altas tasas de crecimiento en los últimos cinco años y han mejorado sus indicadores sociales. Las inversiones directas en países vecinos pasan a ser moneda corriente en la región revirtiendo una consolidada tendencia a la presencia casi única de capitales de países centrales y a contar con una liquidez inédita.

En el plano cultural o valorativo, se asiste a un cambio significativo en el modo de concebir a la globalización. Ciertamente que este cambio es más observable en las prácticas que en los discursos:¹⁴ para los que antes eran más escépticos, la globalización ya no es vista necesaria-

mente como una amenaza o como una arena extraña dominada por fuerzas abrumadoras; para los más entusiastas, ya no es considerada como una panacea que mediante una adhesión acrítica garantizaba el ingreso a las naciones desarrolladas. Hoy en día, la globalización tiende a ser vista como un ámbito donde competir, si bien incierto e imprevisible, pero donde es posible obtener ventajas políticas y económicas de mediar una inserción consistente y dirigida. Probablemente sea exagerado describir esta reorientación como cosmopolitismo. La presencia del nacionalismo aún sigue impregnando los criterios de legitimación de las decisiones administrativas y las aspiraciones de fuerzas políticas como para poder dar cuenta de un giro semejante. Más bien, lo que sí parece atravesar los mapas cognitivos de los sectores dominantes es el pragmatismo, a medio camino entre el realismo más crudo y el idealismo, que está en la base de un balance entre la valoración de las posibilidades propias ante la disposición de recursos y las limitaciones estructurales de cada país y modelo de acumulación. Este aumento de la auto-confianza y la defensa de los intereses nacionales y de los propios empresarios y fuerzas productivas reemplaza a las ilusiones aperturistas y desreguladoras de los '90. Huérfanas de derroteros prefijados, las sociedades y sus sectores dirigentes están forzados al aprendizaje permanente: la experimentación, el ensayo y error, y la deliberación parecen ser los métodos más apropiados para desarrollar formas innovadoras de cooperación entre Estado, mercado y sociedad civil en un marco donde lo nacional deja cada vez más espacio a lo regional como ámbito privilegiado de interacción.

4. ¿SON ESTAS ÉLITES REALMENTE POSTNEOLIBERALES?

En la medida en que la misma categoría "postneoliberal" es muy débil como conjunción de atributos originales y se define más por contraste con el neoliberalismo que por la positividad, y que el postneoliberalismo se yergue en una constelación comparable a la posterior a la crisis mundial de 1929 resulta ilustrativo trazar algunos paralelismos con el populismo histórico en América Latina a fin de encontrar más

fácilmente su especificidad y la de las élites que lo protagonizan; en primer lugar, observando su composición y sus orientaciones y luego el tipo de conflictos que mantienen:

- a) el hecho de ser élites no las vincula necesariamente al establishment político o a los estratos altos en la pirámide socioeconómica. Más bien, sus dirigentes políticos fueron o bien outsiders o al menos no pertenecientes al corazón del orden político que vienen a reformular. Su parte no-elitista, en tanto seguidores y adherentes ocasionales, proviene de las clases medias (intelectuales, empleados públicos, pequeños empresarios) o también de los sectores populares.
- b) la dirigencia política en ascenso establece una coalición o al menos comparte intereses con actores económicos que están en la cúspide de sectores económicos de innovación o al menos que pretenden desarrollar cadenas productivas hasta el momento desatendidas o que fracasaron y que requieren la promoción estatal o bien directa o su inversión en ciencia, tecnología y capacitación.
- c) el intervencionismo estatal es bienvenido, pero generalmente se reduce a la participación en sectores considerados estratégicos o bien en el salvataje de empresas de servicios públicos que habían sido privatizadas.
- d) se persigue una política social universal a fin de sustituir a los programas focalizados o que apuntan casi exclusivamente a enfrentar la extrema pobreza y que se habían generalizado en los '90 como compensación a los programas de ajuste estructural.
- e) en la medida en que económicamente estas élites están más orientadas al mercado interno y políticamente más interesadas en consolidar su base electoral y de movilización que de agrandar a potenciales inversores extranjeros, apoyan una tibia política de redistribución del ingreso, que mediante subvenciones estatales, reforma impositiva o, en algunos países con controles de precios, intenta mejorar el poder compra de los sectores populares.

Sin embargo, se destacan dos diferencias centrales de estas élites postneoliberales respecto de la constelación de mediados de siglo, que, a la vez, aumentan las chances de que en esta oportunidad estos secto-

res sean más exitosos que sus antecesores del populismo histórico. En primer lugar, el abandono de cualquier pretensión de autarquía. Si bien en algunos casos podrá tomar un tono antiimperialista, las élites postneoliberales no se refugian en la exclusiva defensa del Estado-nación ni en la nostalgia de tiempos mejores. El campo de actuación se amplía e incluye territorios nunca antes transitados. Si bien el ámbito privilegiado es la región y la intensificación de procesos de integración regional, las relaciones Sur-Sur alcanzan una importancia inédita, en primer lugar con países emergentes como en el G-20 o en el grupo llamado BRIC o con países africanos y asiáticos y de Oceanía en el decidido vuelco chileno hacia el Pacífico.¹⁵ Además, no se limitan al intercambio comercial o a la seguridad y a la respuesta rápida ante crisis en el Subcontinente, sino que incorporan proyectos en el ámbito cultural y comunicacional como una señal de televisión, una universidad regional o la cooperación con el África de habla portuguesa. En síntesis, se registra un aumento de la interdependencia entre los países de la región donde el Estado actúa como embajador de los inversores locales, se promueven procesos de integración regional de diverso tipo, bloqueando a la vez iniciativas promovidas desde los países centrales y donde el capital transnacional no es visto necesariamente como un enemigo (quizás a excepción de Venezuela).

La segunda diferencia fundamental pasa por el tipo de oposición que estas élites postneoliberales deben enfrentar. En los años '50 y '60 los análisis de la Sociología de la Modernización y de la Teoría de la Dependencia preveían un conflicto inevitable entre las burguesías ascendentes y las oligarquías tradicionales. Por el contrario, ahora tampoco se cumple esa profecía, como pareció delinear alguna vez en ciertos populismos históricos como el varguismo, el peronismo o el cardenismo, ya que no son primordialmente aquellas oligarquías las que se oponen a las élites postneoliberales y se horrorizan ante su retórica y maneras populistas en los casos más radicales (es decir, obviando Chile, Uruguay y en cierto modo hasta el liderazgo de Lula en Brasil). No es la oligarquía del estaño en Bolivia, los barones del café y del azúcar en Brasil, los hacendados de los Llanos venezolanos, los estancieros argentinos a los que en forma épica – y a gusto de analistas europeos y

norteamericanos - se opone una burguesía moderna, liberal, schumpeteriana. En realidad, se trata más bien de un conflicto entre estas mismas élites más o menos modernas, más o menos globalizadas y más o menos liberales. Por un lado, sectores más establecidos que han ganado espacio durante la capitalización financiera a partir de las dictaduras militares en el Subcontinente, pero que tienen poco que ver –sobre todo en su *habitus* y orientaciones culturales– con las oligarquías aristocráticas y rentísticas, en tanto controlan recursos mucho más volátiles y dinámicos que la simple posesión de grandes extensiones de tierra. Por otro, sectores quizás más minoritarios en ascenso, a la cabeza de nuevas ramas industriales y eficientes PYMES, a la vanguardia del diseño y la industria cultural orientados más al mercado interno y regional que a la exportación a los mercados tradicionales. Ciertamente que, a la vez, están más vinculados al aparato estatal, necesario como fuente de subvenciones o de beneficios impositivos. En la medida en que son las élites más establecidas las que controlan –o controlaban antes de la llegada de los gobiernos más radicalizados que los marginaron– la interfase entre mercado interno y externo así como el principal producto de exportación de cada país, las disputas centrales entre ambos sectores se dan sea por el control de esos recursos o al menos por la utilización de los excedentes que generan. Los conflictos en torno al control de la producción petrolera en Venezuela y Ecuador, a la utilización y distribución de los beneficios de la explotación de hidrocarburos en Bolivia, así como del agrobusiness en Argentina y también Brasil (junto a la explotación maderera) son los principales frentes en donde se juega el futuro de estas élites postneoliberales. En tanto su base de sustentación está en los sectores populares y su expansión está ligada al engrosamiento de los sectores medios necesitan inevitablemente controlar los precios de los productos exportables y redistribuir sus excedentes impulsando el aumento de la demanda interna y el consumo masivo.

Si estas élites postneoliberales están en mejores condiciones que otras anteriores o contemporáneas para enfrentar los clásicos desafíos de la modernización y el desarrollo en nuestra región es obviamente variable según cada país, pero –en una pincelada a trazo grueso– puede responderse afirmativamente: por un lado revertir una conexión asimé-

trica a la economía y al orden mundial y por otro, enfrentar el problema de la desigualdad en el cual los latinoamericanos somos “campeones mundiales”. Sin embargo, estas condiciones favorables no parecen ser particularmente sólidas por tres motivos: las actuales tasas de crecimiento se siguen debiendo mayoritariamente de la fluctuante exportación de commodities que hasta el momento venían registrando inéditos precios altos y la dependencia de otros sectores económicos así como de las políticas redistributivas es enorme; la resistencia de los élites establecidas es persistente y aún más crispada en un escenario de confrontación explícita, y, por último, debido a las contradicciones del mismo populismo que al pretender colocar en el centro de la esfera pública las fracturas y desigualdades ya existentes en la estructura social termina siendo víctima de una cesura de la cual no puede escapar.

NOTAS

1 Nederveen Pieterse, J. y Rehbein, B. (Eds.): **Futures. Special Issue “Emerging Futures”**, Vol 40. Nro. 8, Octubre 2008.

2 Por élite se entiende aquí una minoría activa que concentra recursos claves en posiciones clave. En tanto red dinámica de actores se diferencia del abordaje posicional que identifica las élites con los sectores altos o bien apriorística concentración de recursos económicos y poder político en un mismo sector social como hace el concepto marxista de clase dominante. Ver Imbusch, Peter: “Konjunktoren, Probleme und Desiderata sozialwissenschaftlicher Elitenforschung”, en Hradil, Stefan e Imbusch, Peter (Eds.): **Oberschichten – Eliten – Herrschende Klassen**, Opladen, Leske + Budrich, 2003 (págs. 11-32).

3 Schwengel, Hermann: “Auf dem Wege zu globalen Eliten. Neue politische Machtkonstellationen im Entstehen” en Hitzler, Ronald (Ed.): **Elitenmacht**, Wiesbaden, Verlag für Sozialwissenschaften, 2004 y Florida, R.: **The rise of the creative class. And how it is transforming work, leisure, community and every day life**, Nueva York, 2002.

4 Mann, Michael: “Has Globalization Ended the Rise and Rise of the Nation-state?”, en Held, D. y Mc Grew, A. (Comps.): **The Global Transformations Reader**, Cambridge, Polity Press, 2002, 2da. Edición, (pp. 135-146).

5 Sobre el concepto de postneoliberalismo, García Delgado, Daniel y Nosetto, Luciano (Eds.): **El desarrollo en un contexto posneoliberal. Hacia una sociedad para todos**, Buenos Aires, Ciccus, 2006.

6 Godio, Julio y Mancuso, Hugo: **La anomalía argentina**, Buenos Aires. Miño y Dávila, 2005.

- 7 Sobre la dinámica de las conexiones entre Estado, empresarios, medios e intelectuales ver Diniz, Eli und Boschi, Renato: **Empresários, Interesses e Mercado: Dilemas do Desenvolvimento no Brasil**. Belo Horizonte, Ed. UFMG, 2004 y Schneider, Ben R.: **Business Politics and the State in Twentieth Century Latin America**. Cambridge, Cambridge University Press, 2004
- 8 Sobre la distinción entre globalización pasiva y activa ver Sidicaro, Ricardo: Consideraciones sociológicas sobre la Argentina en la Segunda Modernidad", **Estudios Sociales**, Año XIII, N° 24, Santa Fe (Argentina), Primer Semestre 2003.
- 9 Sangmeister, Harmut: "Lateinamerikas Wirtschaftswachstum verliert 2008 an Dynamik", en **GIGA Focus Lateinamerika**, Nro 1, 2008.
- 10 Lafer, Celso: **La identidad internacional de Brasil**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- 11 Elites consensuales son conscientes de su propia caducidad, son abiertas a la cooperación y están dispuestas a otorgar compensaciones si la relación de fuerzas lo requiere. Field, G.L. & Higley, J.: **Elitism**, Londres, 1980.
- 12 El hecho que el populismo, a pesar de su carácter antielitista, pueda ser practicado por élites en ascenso ya fue analizado por Torcuato di Tella en los años sesenta, al demostrar como para el populismo no sólo es decisiva la adhesión de las masas sino su conexión con sectores de las clases medias altas portadoras de una ideología anti *statu quo*. Ver "Stalemate or Coexistence in Argentina", en Petras, James & Maurice Zeitlin: **Latin America. Reform or Revolution?**, New York, Fawcett, 1968.
- 13 Pelfini, Alejandro: "Entre el temor al populismo y el entusiasmo autonomista. La reconfiguración de la ciudadanía en América Latina", en **Nueva Sociedad** Nro. 212, Nov-Dic. 2007, pp. 22-34. Sobre el multiculturalismo y la expansión "indigenista" de la ciudadanía y la democracia, Yashar, Debrah: **Contesting Citizenship in Latin America. The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge**, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.
- 14 Como se muestra en el análisis de las élites bolivianas en un período anterior a la llegada de Evo Morales a la presidencia, Fernando Calderón y Christian Jetté, **Elites en la globalización. La experiencia boliviana**, en: Claudio Maggi y Dirk Messner (comps.), **Gobernanza global. Una mirada desde América Latina**, Caracas: Nueva Sociedad 2002, pp. 349-368
- 15 Entre los escasos abordajes en castellano sobre el tema, Tokatlian, J.: **India, Brasil y Sudáfrica**. Bs. As. Ediciones del Zorzal, 2008 y Borón, A. y Lechini, G. (Comps.): **Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico**